

---

casas-vivienda (treinta fueron rematadas antes de 1875) y la redención de los censos que pesaban sobre otras muchas, combinado con la libertad instituida, permitió las modificaciones de la morfología urbana. Los cambios afectan a la elevación y pisos y la ocupación de espacios normalmente sin edificar, a la subdivisión de viviendas unifamiliares, proceso que hizo aumentar la densidad urbana. Asentada sobre el mismo suelo que la ciudad de 1600, aproximadamente, la población de Albacete era cuatro o cinco veces mayor en 1900.

Así pudo realizarse el ensanche interior.

Otro aspecto de los cambios urbanos y la creación de esta ciudad moderna es la remodelación de la trama viaria. La desamortización había posibilitado las nuevas plazas y calles citadas; pero su complemento, muy importante, procederá de las alineaciones, es decir, la rectificación de calles. Estas transformaciones están fechadas y tuvieron su glosa en libros y otras publicaciones periódicas de su tiempo. Al filo del final de siglo, las crónicas locales anotaban el penoso estado de las calles de la ciudad y los sucesivos intentos de mudar esta situación mediante mejoras en calzadas, aceras y fachadas, sucediéndose los proyectos de uno a otro lugar, en el tiempo, atendiendo, en primer lugar, el sector que ahora, a finales de siglo, constituye el centro de la ciudad —Mayor, Gaona, Salamanca y San Agustín y Concepción— y después, en sus proximidades y todo el núcleo histórico —Padre Romano, Val General, Progreso, Tinte, Carnecerías, Vigas y Plazas Mayor, del Cuartel, Carretas, etc.—.

El proceso continuo de ampliación de la ciudad mediante los «ensanches» tuvo en Albacete, en la segunda mitad de este siglo, su primera manifestación. En 1853 se abrió la calle del Progreso (Paseo de la Libertad) y dos años después terminaban las obras del ferrocarril desde Alcázar a Albacete; obras que proseguirían hasta su enlace definitivo con el ramal de Almansa, otros dos años más tarde. La presencia del ferrocarril en el conjunto urbano actuó como núcleo polarizador de este ensanche. Las calles de su perímetro eran San Antón, San Agustín y el Callejón de las Peñicas. La cuadrícula interior de este espacio, hasta la vía del ferrocarril, es el fruto de la actividad urbanizadora de este momento: calles del Bosque, de Carcelén (1866), de Isaac Peral (1889), del Muelle, etc. (Carlos Panadero). Aquí vendrán a instalarse, unos detrás de otros, las oficinas de la administración de la provincia y de la ciudad, continuando un proceso que se había inaugurado con la ubicación de la Audiencia Territorial en el solar del antiguo convento de San Agustín: el Gobierno Civil, frente a la estación; el Banco de España, en la calle Salamanca; Obras Públicas, en la de Gaona, y la Diputación Provincial —su construcción termina en 1888— y el Ayuntamiento, en los edificios que ocupan hoy.

Estas reformas afectan a la estructura de la ciudad profundamente, como es obvio. Sin embargo, la morfología urbana apenas ha cambiado. Un testimonio de la época, publicado en el año de la definitiva liquidación del legado colonial, refiere que, salvo contados, pocos, edificios de